

delic como

ORILLA

*delic como
mimosa cuarte
Junio (1988) y 2
Lima - Perú*

editores

TULIO MORA (Huancayo, 1948). Miembro de Hora Zero. Ha publicado "Mitología", "Oración frente a un plato de col", "Zología *prostrada*" y "Cementerio General". Con este último libro ganó el Premio Latinoamericano de Poesía 1988. Lo que aquí se publica integra su libro inédito "País Interior". Diseño y diagramación: ORILLA.

Cerros y cartuchos se perfilan
destruía de un muro de ladrillos rojos.
Son los elementos construidos antes de morir
como el empedrado que abusa de una simetría
de mudas tra pedias familiares.



A mi padre



No en vano crecieron las dalias, padre,
como yo siempre creí: azarosas
entre el maizal que el abuelo sembró
en sus días de libertad. Tú no las viste,
preferías a las palomas como si fueran
la única raza útil de la tierra.

Empecé por las dalias por la excusa
de la belleza. En tantos años
apenas si nos hablamos a través
de circunloquios resignados.

Eras distante y yo me atormentaba
imaginando cómo este maestro de poca altura
podía ordenar a legiones de gorriones.

Tu discordia provino de ser un pasajero
del viento que se cayó de bruces.

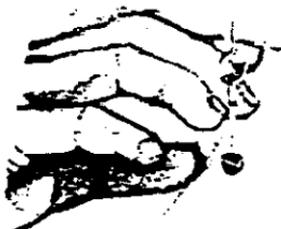
En un tiempo creí que no eras mi padre,
esa coartada tan infantil a la que recurrimos
cuando el castigo corporal nos devuelve
su torva geografía de soledades e implacabilidad.

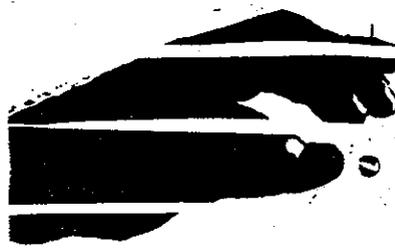
En un tiempo pensé que una forma
de desahogarme sería creciendo
hasta asustarte con mi tamaño.

Más tarde preferí escribir
y protestaste tanto que me obligaste
a descorrer las paredes de la infancia,
pues tú también llenabas páginas / con un dolor
no menos intenso que el de los poetas,
a los que compadecías por el mismo aroma
que te delató –y ya no hubo en la casa
misterios que desentrañar.

Así fueron aquellos tiempos y no sé cómo
hemos renunciado a nuestras espinas.

Veo a las dalias salir de una tierra
que esconde las bellotas como hermosos
corazones latiendo despacito
para arrullar a los gusanos, y también
veo tu llorar rabioso por los efectos
de una ternura desbordada. Los borrachos
lloran como si desearan redimir al mundo
de ellos mismos. Es un tropiezo su vivir,
te lo diría Li-Po si lo hubieses leído,
ahora te embargarías con su vino denso,
del que la humanidad ha bebido sin recordar
tanto sufrimiento. Tu hijo ha aprendido,
aunque sigue buscando en tus bigotes
un poco de rocío. Con relación a mí
sigues pequeño y frágil, pero yo no podría
gobernar una cabalgadura. Tus irreproducibles
herejías contra Dios (al que buscabas
iluminando el cielo con una linterna,
mientras mamá, Eduardo y yo veíamos caer
la nieve como la sangre de las madrugadas tristes)
ahora son meras palabras con las que te enuncio.
Enajenadas de sus actores no podría guardármelas más.
El tiempo se toma sus plazos, luego
comienza a inquirirte que lo deseches:
tómalo o déjalo, la vieja regla del mercader
de Venecia también se interpone
entre las dalias y el maizal, entre
la belleza y la utilidad. Y sin embargo,
tú recuerdas lo que el abuelo decía,
y no tenemos porqué dudar de su veracidad:
que a las dalias nunca nadie las sembró.
Pero, oh sorpresa, cada temporada
en que asomaban los tallitos de maíz
con sus hojas como aspas dulces, hete allí
con las inoportunas flores de la mansedumbre.
Este es el mensaje final de mi poema:
el trabajo que significa arar la tierra,
para llenar el vientre, no sería satisfactorio
si uno no se limpiara los ojos y el alma
con la belleza que emerge misteriosa.
Te lo digo, padre, ahora que no tenemos
ni dalias ni maizal.





El pescador

Sobre las manos del niño
el pez agoniza con aletazos de plata,
inasible, frío, sólidamente
pegando contra el sol destellos de sufrimento.
En el lago, unos patos sacuden sus alas
y se sumergen nerviosos. Junto a la orilla,
dos ovejas muerden flores de retama
bajo un molle solitario.

La frialdad de la piel del pez
impulsa al niño a arrojarlo sobre la hierba,
donde se contonea agónico
sacudiendo sus escamas
como lluvia de cristales opacos.

El sol tiempla implacable sus rayos
atravesándolo con una cobarde moraleja:
quien sale de su reino / merece morir.
Ninguna respuesta es más estremecedora
que los cuencos blancos
sobre los que el pez perpetúa su miedo.

La muerte ya no es para el niño
una elusiva respuesta de sus padres,
sino este huso de carne
con un hilo / de sangre negra
entre sus agallas rosadas.

Ni el más experimentado podría decirle ahora
el sentimiento que produce la rigidez de un cuerpo.
Sobre la hierba, el animal es azul
como un relámpago que cae sobre un pañuelo.

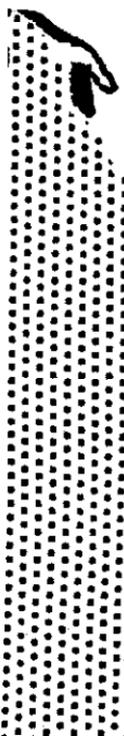


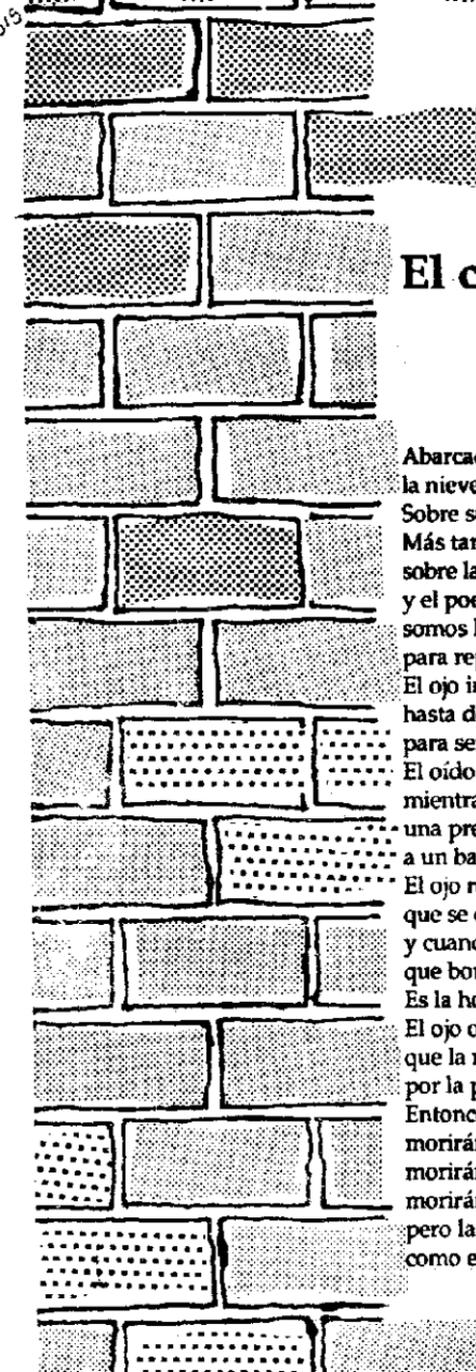
Es a edad

Por sus muslos bajo como una burbuja de carbón,
licuefacta, reventada; por sus muslos abiertos
y su inocente jardín negro picoteado por el viento,
abajo, más abajo de los tajos de la carne, más abajo
del atajo en que el río fue a morir en una mina;
como una infección, por donde todos hubimos de bajar,
por los pujantes dolores de la mujer, madre, madre
(Emma echada, Emma mordiendo con indelicadeza
la funda de una almohada, su aspereza, Emma
desproporcionada por el crecimiento de una cabeza
que ya ve salir como un tallo de azucena
que quisiera arrancarse), madre que no quiso
que yo naciera en una curva de ese río,
en la más alejada de las casas,
pero era Febrero y llovía y mi padre no estaba
y Emma buscó a una comadrona y dos días
antes ella fue hasta su cama y le dijo a Emma
(mi pequeño pincel, mi noche de naranjas tatuadas),
tocándole las sienes con los pulgares, le dijo
(verso apretado en tu frente, Emma, pobrecito volcán),
que esperase otros dos días, y he aquí que dos días después
la mujer baja desatando distancias como madejas de nubes,
errante como una torrentera sin cauce, y he aquí que baja puntual
(Emma contaminada por el sol de los trenes sin retorno)
para bajarme hasta su pollera o el suelo, bajándome
por el cuello (Emma muchachita con las piernas tan abiertas,
penetrándola el viento helado de sucia ceniza),
pero más abajo aún, donde se pierden las inflexiones del dolor.
Y qué quedó Emma de ti, y qué de mí, y qué de quién
en el espacio en que uno nace oliendo a adobes,
a tejas lagrimeantes —mientras, más abajo del mundo,
las raíces de la vida son como las manos que se buscan
en dos universos distantes—, oliendo a casa soñitaria
(que no deja entrar al diablo), designada para la maestra
—que era Emma. Y ella bajó (por el olor) de un camión



con su panzota bellisima, robusta, y tuvo que ceder al miedo.
¿Un laberinto o un desierto? ¿Qué vio Emma al bajar?
Mineros tristes pidiéndole una taza de té para resistir
la tristeza, camas sucias, mesas sin manteles bordados,
lámparas de petróleo donde no brillaba el futuro;
vio su barriga que la ponía debajo de los grandes alientos
históricos, serenamente imposible, enamorada de mi padre
que llevaba la barba como un misionero sin senda,
mientras Emma tenía el olor de la hierbabuena
(y yo en su vientre bajo, en un universo celeste,
me abría hacia la superficie por un poco de aire,
delfín allí sobre una lánguida ola, contemplativo y feliz).
Debajo de los campanarios, debajo de las explosiones
que precedían el ingreso resignado de los mineros, -dándole a ella,
a Emma, ¿felicidad, temor, qué sentimiento intruso?--;
debajo de un calendario de fiestas sin santos ni guirnaldas;
debajo del fuego estridente de un primus;
al nivel del llantén y del aullido de un perro;
al nivel de los lagos que tentaban a los suicidas
con sus reflejos de inexplicables eclipses lunares;
al nivel de las cruces de los hijos de los pastores,
que no llegaron ni siquiera a esta casa a morir
-la primera para llegar al pueblo-; desde abajo
caigo sobre la sábana blanca (la sangre última
del sacrificio materno se mantiene en el lienzo
cobrando su más expresionista mensaje de sobrevivencia),
navegante involuntario por el espacio oprimido de un cuarto,
caído pero no perdido, recuperado ante el primer grito
(el más agudo a partir de entonces), cuando no era
más grande que un diente de ajo ni más alto
que un ala de gorrion, abajo de Emma (Emma inocente,
Emma como un cesto que ofrendamos a los seres más tiernos),
abajo debí caer, mientras Emma me limpiaba
las primeras lágrimas, el pelo alborotado,
ya expulsado de ella para siempre.





El color de la soledad

*La nieve inesperada
comienza a iluminar las calles.*

Jorge Teilleir

Abarcadora de quién sabe qué devastaciones insospechadas,
la nieve cae como fino polvo de mariposa.
Sobre sucios cristales, un dedo infantil escribe su nombre.
Más tarde saldrá la luna con su densa brillantez
sobre las aguas inquietas de una laguna
y el poema del tiempo habrá de cumplirse:
somos hijos de esta sangre que las estrellas desovan
para repetirnos en el color de la soledad.
El ojo infantil ve caer los rayos sobre un mástil descolorido,
hasta donde tal vez voló una hoja de borraja
para ser chamuscada por el ardor de su temeridad.
El oído escucha un canto nocturno
mientras el dedo vuelve a escribir sobre los sucios cristales
una pregunta: ¿quién puede cantar bajo la tormenta
a un balcón donde una mujer llora en silencio?
El ojo responde por la memoria: es el hombre de las nieves
que se echa una chalina al cuello
y cuando tose exhala una emanación espesa
que borra la imagen de su caballo.
Es la hora de la insignificancia bajo el cielo.
El ojo observa a la luna como un timbal reluciente
que la mano hubiera tocado si no fuera
por la persistencia de los copos.
Entonces la voz grita a la plaza solitaria:
morirán quienes se aventuraron a los rayos,
morirán la amada y su cantor,
morirán el balcón y hasta la luna,
pero la nieve quedará, blanca y terrestre,
como el dedo que escribió su nombre.